

RESEÑAS

- el Ecuador*. Banco Central del Ecuador-Corporación Editorial Nacional, Quito.
- ROIG, A. A. (2009) "Democracia y utopía" en: *Agora Philosophica. Revista Marplatense de Filosofía*, N°19-20, vol. X, pp. 176-210.
- VIGNALE, S. P. (2010) "La filosofía latinoamericana como filosofía auroral" en: *Utopía y praxis latinoamericana*, Año 15, N° 50, julio-septiembre, Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela, pp. 151-158.
- VIGNALE, S. P. (2012) "Filosofía crítica y función utópica en Arturo Roig" en: *Revista Estudios: Filosofía práctica e historia de las ideas*. Año 13, N° 14. Mendoza, 2012. ISSN 1515-7180, pp. 61-66.

María Marta Foulkes, *Metáfora y nuevos posicionamientos subjetivos. El giro metafórico etho-poiético*, Buenos Aires, Prometeo, 2013

Desde la aparición del libro de P. Ricoeur, *La metáfora viva*, los estudios acerca de la metáfora cruzaron el límite que les imponía la retórica, centrada en su función persuasiva, para aventurarse en otras lides, prometedoras en relación a su capacidad de invención semántica. *Metáfora y nuevos posicionamientos subjetivos. El giro metafórico etho-poiético*, de María Marta Foulkes, aborda la cuestión con nuevos bríos. Y si bien el horizonte desde el que su autora acomete el estudio es netamente filosófico, los entrecruzamientos con el psicoanálisis y con la semiótica renuevan y ofrecen nuevos itinerarios, que tendrán su culminación -como reza el título y el subtítulo- en un nuevo posicionamiento subjetivo, en un modo diferente de saber-se y de ser. En otra *praxis* posible.

Decir que la perspectiva es filosófica implica enfocar un tema desde múltiples perspectivas, no siempre concurrentes entre sí. En el caso concreto de la metáfora, es saldar deudas con la tradición clásica (Aristóteles) hasta llegar a Ricoeur, pasando por la Lacan, por las corrientes analíticas, por la hermenéutica. Corrientes muchas de ellas antagónicas, como el estructuralismo y la hermenéutica. Pero aún allí se deja ver la gravitación de la metáfora. "La referencia metafórica -nos dice Foulkes (p. 78)- consiste en tener la habilidad para considerar dos puntos de vista diferentes al mismo tiempo". Pero la consideración de dos puntos de vista diferentes a la vez no concluye aquí ni en un pensamiento de la agonía ni en el vale todo. Desde el esbozo mismo de este proyecto no hay voluntad de recopilación: hay una apuesta. Y esto se advierte desde el inicio al fin del libro. No se trata tan sólo de presentar diversos puntos de vista sobre la metáfora, sino de ver cómo el

tratamiento de la metáfora puede desembocar, según las propias palabras de la autora, en una posición progresista o, por el contrario, en una concepción totalitaria de los asuntos humanos (p. 36). Este posicionamiento implica correr a la filosofía del lugar de la mera exégesis, de la vana erudición. Y es precisamente allí donde el libro muestra toda su intensidad. Está claro que para la autora pensar es tomar posición, es intervenir en los asuntos humanos, es apostar a dos vías posibles que hacen a la condición humana: la de la libertad o la de la opresión.

No obstante, hacia ese resultado no se llega fácilmente. El libro se demora, por así decir, y en lugar del atajo fácil prefiere los rodeos largos. Uno de esos rodeos transita el territorio del psicoanálisis, esquivo para el neófito. El otro largo rodeo es por la cuestión del sujeto desde la filosofía. Uno se pregunta adónde conduce y qué relación guarda con el tema del libro, que es también el núcleo de su tesis doctoral, iniciada en Buenos Aires y culminada en Francia, con dirección de Etienne Balibar. No obstante, uno de los méritos de este texto consiste no solo en arriesgar una tesis sino en invitarnos a hacer un recorrido que tiene mucho rigor y mucha densidad, que tiene claro adónde lleva sin perderse.

¿Adónde lleva pues el largo rodeo por el tema del sujeto? Se inicia con las interpretaciones clásicas de Descartes hechas por Kant y Heidegger, que le atribuyen al francés la invención del pensamiento de la subjetividad o mejor: del sujeto como una sustancia pensante, como un sustrato, como una identidad que es soporte del cambio. Pero el *Vocabulaire européen des Philosophies: Dictionnaire des intraduisibles* (varios autores), retomado por la autora, propone otra versión: la que hunde el nacimiento del sujeto en la filosofía medieval, pero no en la figura de una sustancia sino en la de la circunspección dialogante de Agustín.

La noción de un sujeto presente en el pensamiento agustiniano es valiosa por partida doble: desmitifica la tentación del origen, de la invención (que lo reserva siempre a Descartes), recupera el valor de la filosofía medieval y deconstruye toda una interpretación del cogito cartesiano que es resultado de las lecturas de Kant y Heidegger. Y si por caso Kant construye, por así decir, el sujeto cartesiano como una sustancia, como un sustrato, es porque necesita oponerla en cierto modo a lo que va a ser su propia concepción del sujeto, que es la que la autora encuentra como preámbulo o antecedente de su sujeto metafórico: la noción de un sujeto que tiene conocimiento de él, no tal como es, sino tal como se *aparece* a sí mismo. Una ilusión, una apariencia trascendental: la ilusión de la unidad que abarca o alberga la multiplicidad, de la identidad que contiene la diversidad, de la permanencia que integra todo lo que parece ser su contrario: la variabilidad, la discontinuidad, la inestabilidad. Que sea una ilusión es esto: no es una cosa, algo que valga como realidad objetiva. Este es el sujeto trascendental kantiano dibujado con trazo grueso que permite anticipar el sujeto metafórico.

Muy cerca de Kant, para Lacan el sujeto, lejos de ser una sustancia con contenido y con accidentes, es un puro sujeto de enunciación, destinado a discurrir y desplazarse entre los múltiples juegos y cadenas significantes. Él mismo es un efecto de esos juegos. No es entonces portador de sentido y de verdad sino un punto en el espacio simbólico por el que *pasa* la verdad. Aquí reencontramos parcialmente la metáfora, que Lacan define como un juego de sustitución de un significante por otro que proviene de otra cadena. Esto produce una concatenación significativa que podría no tener fin excepto por una coagulación de la significación que se llama sentido. El sentido interrumpiría la cadena significativa. Pero ello no ocurre porque el sujeto se adueña o se apropia de los mecanismos por los cuales se produce esa interrupción sino por efecto del

lenguaje. Hay una suerte de autonomía de las leyes del lenguaje que lleva a concluir que es él el que dispone de nosotros y no a la inversa. Y acá aparece una corolaria de enorme consecuencia: el que ubica la socialidad del sujeto lacaniano no en la comunidad sino en el lenguaje. Ese lenguaje no sólo lo escinde de su inconsciente sino que lo desarraiga de todo suelo ontológico, obligándolo a la pérdida de toda certeza y de toda arrogancia. De este modo, el sujeto ya no se concibe como mismidad (semejanza e identidad) sino como *ipseidad*, vale decir, pluralidad de voces, polifonía. Como señala Foulkes, el sujeto metafórico está más cerca de la *ipseidad* que de la mismidad (p. 220). Pues se trata de una subjetividad, nos dice, que reconoce el aspecto ilusorio de su sí mismo, sus aspectos ficcionales y también fantasmales, que es capaz de apostar a nuevos sentidos y abrir nuevas realidades. Todo avance en dirección de la *ipseidad* tiene como contrapartida un avance en la alteridad del interlocutor (p. 221). Hablar de la condición metafórica del sujeto implica entonces aludir a una mirada que es estereoscópica, que es entrecruzamiento de posiciones diferentes. Esto que se da en la narratividad, también se juega en el espacio político (p. 239). Y justo es decir que en política hay metáforas muertas y metáforas vivas. Sólo que a las segundas, y sólo a ellas, está reservada la posibilidad de la utopía (en el sentido de “no lugar”), de un saber etho-poietico (como destaca el subtítulo) capaz de transformar el modo de ser de los individuos: “reconocemos la diferencia de un posicionamiento literal y un posicionamiento metafórico del sujeto, en el primero la circulación significativa queda suturada por un significado o por la realidad supuestamente objetiva, mientras que en el segundo la circulación significativa abrirá distintos sentidos sin que ello impida la apuesta por uno de ellos” (p. 349).

Acá aparece lo más novedoso de la tesis. Pues, por lo común, la producción de sentidos múltiples, esos juegos en los

que se utiliza la metáfora para dejar volar la imaginación, suelen asociarse a la ensoñación poética o al arte en general. Pero no es tan común que se la vincule a un ámbito particular de las relaciones humanas como es la política. Y la autora toma partido por aquellos autores que, particularmente interesados en pensar la politicidad desde el conflicto, le han dado un lugar de privilegio a la metáfora: Laclau, Žižek, Balibar (en diálogo con), Ranciere, Badiou. Allí donde el pensamiento totalitario encuentra que la metáfora puede resultar amenazante por su capacidad de habilitar cursos de sentido plurales, es que estos pensadores y la autora del libro reconocen su poder liberador. Ese resto y ese exceso propios de la incompletud metafórica, ligados a un horizonte ilimitado (no cerrado) y a la indeterminación estructural, contribuyen a la dislocación del sujeto y a su compromiso con la práctica.

En este punto, la discusión con Laclau es por demás interesante, porque el filósofo argentino ve también en el orden del significante la clave de construcción de la politicidad. Pero el significante que articula las demandas en una sociedad y que es la que permite que un particular hegemonice el espacio social, es para Laclau un significante vacío, un punto ‘metafórico’ debido a la brecha que existe entre el nombre y lo real. La catacresis no es una figura aislada de la retórica sino que se puede decir que es la ley que rige todo significante. Compartiendo esta visión general del lenguaje, la autora difiere con Laclau en un punto que no es menor: en el que, para uno el potencial del significante (potencial que se juega en su capacidad de representar a muchos) se cifra en que es vacío, mientras que para Marta se cifra en su exceso de significación. El totalitarismo se da precisamente cuando la metáfora se toma en su literalidad y entonces se anula la pluralidad a que podría dar lugar. Es el proyecto hobbesiano realizado. Y este uso de la retórica al interior de un sistema de pensamiento que se pretende científico implica que, por más que los despotismos,

los totalitarismos y las dictaduras intenten poner freno a la liberación de sentidos de la palabra, ella va encontrar siempre la oportunidad de desmadrarse, de salirse de cauce, de encontrar los resquicios por donde salvar la diversidad. Y por tanto también, anudados a esa palabra rebelde, indomesticable, renuente a la sujeción, los ciudadanos encuentran el poder de disentir o de resistir. La dislocación de la estructura, nos dice la autora, es la fuente de libertad de un sujeto que no tiene identidad positiva sino una identidad construida a través de actos de identificación y decisión. Aventurarse a una tesis de estas características, que entrecruza saberes, que se zambulle en la historia, que remonta la tradición, que no sucumbe a la tentación de la mera exégesis pero tampoco la pasa por alto sino que, al contrario, la toma para indicar un camino y para hacer una apuesta, es un acto de identificación y de decisión que vale la pena celebrar.

María José Rossi

Universidad de Buenos Aires

.....

Fernández Guerrero, Olaya, *Eva en el laberinto. Una reflexión sobre el cuerpo femenino*, Málaga, Universidad de Málaga, Atenea, 2012, 377 pp. ISBN 978-84-9747-417-7.

Eva en el laberinto es la tesis con la que Olaya Fernández Guerrero se doctoró en 2010 en la Universidad de Salamanca. Y con la que obtuvo el XXI Premio Victoria Kent de la Universidad de Málaga en 2011.

El texto cuenta con una introducción, ocho capítulos, distribuidos en tres partes, y unas conclusiones. En la primera parte, los capítulos uno y dos versan sobre cuerpo, filosofía y feminismo. En la segunda, los capítulos tres al cinco, por su partes, tratan sobre las identidades de género: cuerpo, discurso y poder. En la tercera, capítulos seis al ocho, se abordan, desde

el pluralismo feminista, diversas reflexiones transversales sobre el cuerpo. Finalmente, la conclusión recapitula aspectos sobre anatomía y autonomía.

La autora reflexiona sobre el cuerpo femenino, repasa las vivencias asociadas a este y su interpretación social y cultural y, finalmente, investiga las relaciones entre mujer y poder a partir de esta corporalidad. Para ello recorre la historia de la filosofía y del feminismo, con las aportaciones más recientes del eco feminismo y el tecno feminismo que añaden nuevas claves.

Tanto Mary Wollstonecraft, como Virginia Wolf o Simone de Beauvoir pusieron de relieve que los cuerpos femeninos se inscribían, automáticamente, en la parte inferior de la escala jerárquica basada en la diferencia sexual. Ser mujer ha equivalido a ser el 'el sexo débil', y eso se transforma en los prejuicios y limitaciones que históricamente han condicionado a las mujeres. Les han vetado el acceso a la educación, a la cultura, a las instituciones políticas, el ejercicio de determinadas profesiones y, en general, la participación en la esfera pública.

A partir de la diferencia física del cuerpo, las gónadas y algunos rasgos externos, los seres humanos adquieren una de las características más determinante de sus vidas, ya que serán mujeres u hombres. O lo que es lo mismo, alcanzarán un estatus de ciudadanos de primer o segundo orden que ha sido legitimado política, legal, religiosa, moral, ética y estéticamente.

La cultura crea y recrea los estereotipos sobre el cuerpo humano. Los discursos se articulan a partir del poder, se establecen las reglas y pautas de comportamiento aceptado e inaceptable para todos los individuos que forman parte de cualquier colectivo. Normas sobre formas de actuar, aspecto, habilidades que se regulan de forma convencional y que terminan siendo asumidas con toda naturalidad. Todo ello es